

grave de todo era que la reina Carolina confinada en Palermo y no pudiendo mantenerse en su isla sino con el apoyo de los ingleses, la pondría enteramente á discreción de éstos, equivaliendo por lo mismo tanto el decir que caer la Sicilia en manos de los Borbones era cedérsela á los ingleses; consecuencia harta funesta para el Mediterráneo.

A pesar de los deseos de lord Yarmouth porque se concluyese el tratado, ni él mismo se atrevía á cerrarle desde ese punto de vista; pero no tardó en surgir un nuevo obstáculo que encadenó su buena voluntad.

Mucho incomodó al gabinete británico la conducta de Mr. de Oubril en París, y sin pérdida de instante despachó extraordinarios á San Petersburgo, quejándose á aquella corte de que su plenipotenciario había abandonado al plenipotenciario inglés. Ni con eso quedó aplacado su enojo, antes vino reprendiendo también á lord Yarmouth su demasiada ligereza en la exhibición de sus poderes; y como también recelara que ese plenipotenciario se dejara llevar más allá de donde convenía, en razón de sus relaciones personales con los diplomáticos franceses, al instante echó mano de un wigh, de lord Lauderdale, personaje de un carácter harta descontentadizo, asociándole con lord Yarmouth para continuar las negociaciones. Ese plenipotenciario salió inmediatamente para París con las instrucciones positivas sobre todos los puntos, y por lo que hace á la Sicilia traía ciertos condicionales de que absolutamente carecían los poderes dados á lord Yarmouth. Era Lauderdale un diplomático exacto y muy amigo de las formalidades; se le había mandado que comenzase exigiendo se determinase desde luego la base de la negociación, el *uti possidetis* que dejase á cubierto las conquistas marítimas de los ingleses, y sobre todo la Sicilia, la cual no estaba todavía conquistada por José Bonaparte. Verdad es que en esa misma base quedaba excluida la restitución del Hannóver; pero ese reino no estaba sujeto á controversia, máxime habiendo declarado los ingleses constantemente que sobre ese particular ni la más mínima observación tolerarían. Admitida la base, lord Lauderdale tenía que convenir en que el *uti possidetis* no recibiría una aplicación absoluta, sobre todo por lo que respecta á la Sicilia, y que se podría muy bien abandonar aquella isla mediante una compensación. De suerte que con un sacrificio en la Dalmacia, unido á la cesión de las islas Baleares, todavía se podría encontrar un medio de arreglo.

Llegó por fin Lauderdale á París, un wigh, y por consiguiente un amigo, más bien que un enemigo de la paz; pero venía prevenido contra el arte seductor de Mr. de Talleyrand, arte al cual se temía que lord Yarmouth no sería capaz de resistir.

Fué recibido ese plenipotenciario con la mayor urbanidad, pero fría; porque desde luego se supuso en París que ese lord no venía sino como vía de correctivo contra el carácter de lord Yarmouth, tenido por ligero. Napoleón respondió á la misión de Lauderdale, nombrando á Mr. de Champagny en calidad de segundo negociador francés; de suerte que dos contra dos entraron en la conferencia: MM. Clarke y de Champagny contra lord Yarmouth y lord Lauderdale.

Apenas acababa de entrar Lauderdale en esa especie de congreso, cuando ya salió con una nota extensa, ab-

soluta y en la cual recapitulaba los pasos de la negociación confidencial como los de la oficial, pidiendo por último que antes de ir más adelante se diese por admitido el principio del *uti possidetis*. Napoleón quería francamente la paz, y aun contó con que la tenía asegurada desde que la hubo firmado con Mr. de Oubril en 20 de julio. Pero no convenía por eso agriar su carácter tan sentido y tan poco sufrido como era. Mostró, pues, su descontento con diferir la respuesta á aquella nota. Lord Lauderdale no se dió por vencido, antes reiteró su primera declaración, á la cual se respondió por medio de un oficio enérgico y lleno de dignidad, diciéndole que hasta entonces la negociación había seguido su curso con entera franqueza, con la mejor armonía y desnudo de las formas pedantescas que el nuevo plenipotenciario pretendía introducir, que si las intenciones habían variado, que si aquel aparato diplomático envolvía el intento secreto de romper con el gabinete francés después de haberse procurado unos cuantos documentos para ostentarlos ante el parlamento inglés, lo más acertado sería que lord Lauderdale se retirase cuanto antes, pues no se estaba en ánimo de servir de blanco á los cálculos parlamentarios del gabinete británico. Lord Lauderdale no quería ser causa de un tal rompimiento; carecía de habilidad; he ahí todo el mal. Entróse, pues, en explicaciones, y quedó convenido que la producción de la nota de Lauderdale quedaría considerada como asunto de pura formalidad, sin excluir por eso en el fondo ninguna de las condiciones ya precedentemente admitidas por lord Yarmouth, y que el abandono de la Sicilia, mediante una remuneración de mayor importe que las Baleares, parecía más explícito desde la llegada de lord Lauderdale; y en seguida se comenzó á tratar de lo concerniente á Pondichery, á Surinam, á Tabago y á Santa Lucía.

Los plenipotenciarios ingleses se mostraban como persuadidos de que la Rusia, tras las observaciones que la había hecho el gabinete británico, no ratificaría el tratado de Oubril. Napoleón, al contrario, no podía creer que Mr. de Oubril hubiese ido hasta el extremo de ajustar un pacto semejante, si sus instrucciones no le permitieran hacerlo así; y lo que le parecía más imposible era el que la Rusia se atreviese á rasgar un acto firmado por un representante que ella misma había autorizado. Pensó por lo mismo que ganaba en esperar la noticia de la ratificación del gabinete ruso, teniéndola por cosa segura, y que entonces la Inglaterra se encontraría reducida á tener que aceptar las condiciones que él deseaba imponerla. Por consiguiente, ordenó á los plenipotenciarios franceses que fuesen dando espera hasta que desde San Petersburgo llegase una respuesta relativamente al pacto concluído con Mr. de Oubril, respuesta que debía recibirse hacia fines de agosto. Napoleón se engañaba, y esa fué una de las raras ocasiones en que no acertó á leer el pensamiento de sus enemigos. Nada, en efecto, tan dudoso como el que la Rusia hubiera de ratificar aquel pacto, y otro nuevo riesgo amenazaba á la negociación, la peligrosa enfermedad de Mr. Fox. Si ese generoso amigo de la humanidad llegaba á sucumbir bajo el peso de las tareas gubernativas, cuyo hábito tenía ya perdido después de mucho tiempo, el partido de la guerra y no el de la paz, vendría á ser el dominante en el gabinete británico.

Pero en aquel momento el compromiso de la paz estaba en una circunstancia más grave que todas las concesiones con que Napoleón quiso acceder á los deseos de los plenipotenciarios ingleses. La Prusia se veía hundida en un estado moral soberanamente lastimoso. Desde que ella entró á ocupar el Hannóver y la publicación en Londres de sus comunicaciones con la Inglaterra, Napoleón comenzó á mirarla con desprecio y á tratarla como á aliado de quien nada queda que esperar. Así es que todo el mundo sabía en Europa que se estaba en la organización del cuervo germánico, y nada se le dijo á la Prusia respecto á este punto, guardando con ella la misma indiferencia que se había guardado con varios principillos de la Alemania; era público que se negociaba con la Inglaterra, y que por consiguiente se haría mención del Hannóver, y ni una leve comunicación había sobre este punto siquiera para tranquilizarla. El rey Federico Guillermo tenía, pues, necesidad de aparentar que sabía aquello mismo que ignoraba, para disimular mejor ese estado de abandono en que se le dejaba. Aunque seguía sus relaciones secretas y nada leales con la Rusia, tampoco esta potencia le dispensaba mucha consideración, pudiendo reparar que cuanto más se inclinaba á la Francia tanto mayor era el desaire con que se le hablaba. Mal avenido con el Austria, que no podía olvidar el abandono en que la dejó al día después de la batalla de Austerlitz, en guerra contra la Inglaterra que acababa de capturar trescientos buques del comercio prusiano, se veía solo en Europa, y tan desconcebido, que hasta el rey de Suecia se atrevió á ofenderle del modo más solemne. Cuando las tropas prusianas se presentaron para ocupar las dependencias del Hannóver limítrofes con la Pomerania sueca, el rey de ese Estado, que las guardaba por cuenta de la Inglaterra su aliada, según él pretendía, se opuso á la ocupación y usó de sus armas atacando á las de la Prusia. Verse así tratado por un príncipe sin más poder que su locura amparada en sus alianzas, era verdaderamente el último grado de la humillación.

Situación semejante era para el gabinete de Berlín un motivo de pesares y de alarmas. La Rusia, la misma Inglaterra trataban ya entonces un acomodo con la Francia. La liga iba á verse disuelta de un día á otro; y como nadie había recurrido á la Prusia sino porque formaba el complemento necesario de aquella liga, ¿quién vendría ella á ser después del desarme general? ¿No quedaría abandonada á discreción de Napoleón, que irritado contra su indigno porte, querría tratarla á su manera, ora para comprar la paz con la Inglaterra y la Rusia, ora para disponer de sus dominios en favor de los Estados que de nuevo le pluguiera fundar? Hiciera con ella cuanto le diera la gana, que nadie entonces lo habría desaprobado en Europa, porque nadie sentía el más leve interés en favor de la Prusia.

Mil rumores á cual más extravagantes salían confirmando esas dolorosas reflexiones. La idea de devolver el Hannóver á la Inglaterra á trueque de lograr la paz marítima, era tan natural, tan sencilla, que todo el mundo la concebía sin esfuerzo. Se tenía en tan poco á la Prusia á pesar de las virtudes de su rey, que casi se celebraba el que Napoleón se mostrase tan severo respecto á una corte que no acertaba á ser amiga ni enemiga de nadie. Los aliados de la Francia, la España

sobre todo, sufriendo cruelmente las consecuencias de la guerra, decían públicamente que la Prusia no merecía que por respetos suyos se alargasen ni veinticuatro horas más los males de la Europa. El general Pardo, embajador de España en Berlín, repetía eso mismo tan abiertamente, que todo el mundo quedaba como pasmado al oír un lenguaje tan atrevido. Ello es que nadie sabía nada, y todo el mundo refería las cosas tal cual pasaban en París entre lord Yarmouth y Mr. de Talleyrand.

Añádase en seguida los dichos de los mal intencionados, que ponían lo inverosímil con lo verosímil y que aun inventaban cuentos no poco sensibles, diciendo unos que la Francia iba á reconciliarse con la Rusia reconstituyendo el reino de Polonia en favor del duque Constantino, y que para llevarlo á efecto se le despojaría á la Prusia de las provincias polacas que se le cedieron en el último repartimiento; otros sostenían que Murat iba á ser proclamado rey de Westfalia y que se trataba de darle Múnster y Osnabruck y el Ost-Frico.

Es sabido que en todos los rumores ha de ir siempre lo verdadero y lo falso, pero con bastante dosis en lo primero para que más se encubra y acredite lo segundo. Esa verdad en aquella ocasión pudo distinguirse, toda vez que hechos muy exactos, aunque desfigurados, fueron á producir cuentos los más extravagantes. No hay duda que Napoleón pensaba restituir el Hannóver á la Inglaterra desde que llegó á desconfiar de la sinceridad de la Prusia, pero contaba con asegurarla un equivalente ó devolverla lo que de ella había recibido. También hubo desde luego la idea de quitarla las provincias polacas, pero idea concebida por los rusos, no por los franceses. En una palabra, el pretendido reino para Murat no había sido sino una invención de las oficinas de Mr. de Talleyrand, donde había siempre mucha propensión á incensar á la familia imperial, y al cabo invención unida al condicional de entregar á la Prusia las ciudades anseáticas, ya que tanto las codiciaba. Y por último, nunca quiso Napoleón que se le hablara de semejante proyecto. Pero los noveleros nunca forjan sus inventos con una exactitud tan escrupulosa. Su malévolosidad no está contenta sino cuando ridiculiza á aquellos que supone engañados, ó persigue con indignación á los que tiene por engañadores; y es esa una especie de hombres no menos frecuente en los círculos diplomáticos, que en el público curioso é ignorante de las grandes poblaciones.

También hubo imprudencias soldadescas que dieron á todos esos rumores un carácter de verosimilitud palpable. Murat tenía en su ducado de Berg una corte militar, entre la cual se discurría de un modo sobrado peregrino, diciendo aquellos palaciegos que un tal Estado era demasiado pobre para un cuñado del emperador; que no se tardaría sin duda en hacerle rey de Westfalia, componiéndole un reino á expensas de esa pérdida corte de Prusia capaz de vender á todo el mundo. Y ese lenguaje no le usaban solamente los militares que andaban al lado de Murat, sino que las tropas francesas llevadas á Darmstadt, á la Franconia y á la Suabia, que con dar un paso más podían invadir la Sajonia y la Prusia, que nada deseaban tanto como la continuación de la guerra, que en fin, suponían á su soberano animado del mismo sentimiento, no cesaban de decir con cierta vanagloria que en breve comenzaría la guerra y entrarían en Berlín

como habían entrado en Viena. Hasta el nuevo príncipe de Ponte-Corvo, Bernadotte, que se hallaba en Anspach, forjaba una multitud de planes á cual más ridículos, exponiéndolos ante todo el mundo, y pasaban como por de Napoleón. Augereau menos mirado todavía en lo que decía, brindaba en la mesa con los jefes de su estado mayor por el feliz éxito de la guerra con la Prusia.

Esas extravagancias de militares ociosos, referidas en Berlín, causaban como era natural una impresión sumamente dolorosa. Contábanse en la corte, pasaban en seguida á oídos de toda la población, y encendían el orgullo, harto irritado ya, de la nación prusiana. Y ese efecto que tales cuentos producían en la opinión pública, era lo que más le dolía al rey. La reina, sentida también por su parte al considerar que á su hermana la princesa de la Tour y Taxis se le acababa de someter á la *mediatización*, en silencio sufría su dolor, porque al silencio se había condenado ella misma después de algún tiempo; y por otra parte, demasiado comprendía su ningún valer con Napoleón para esperar que se tuviera tal ó cual miramiento con los príncipes de su familia; pero su silencio era muy significativo. Mr. de Haugwitz estaba mucho más abatido de lo que él quería aparentar en presencia de su soberano. Los desaciertos cometidos en ausencia suya y contra su dictamen producían al cabo sus irresistibles consecuencias; y sin embargo, á él se le atribuían los acontecimientos como si fuera la única y verdadera causa de ellos, y se le cargaba igualmente la captura de los trescientos bajeles, tan perjudicial para el comercio prusiano, siendo el primero el ministro de Hacienda, quien en consejo pleno y con la mayor severidad le culpó de aquella pérdida. Hubo además un general muy acreditado en el ejército, el general Rútchel, que llevó la insolencia hasta el caso de insultarle, y por último, el público todo, y de instante en instante se levantaba contra Mr. de Haugwitz, que nada tenía que reprenderse como no fuera el haber entrado en el consejo de su soberano cuando tan comprometido estaba ya su sistema de alianza con la Francia, que era un imposible el llevarlo á cabo. Y para acelerar la crisis todavía concurrió el sentimiento del patriotismo germánico. Los libreros de Nuremberg echaron á volar varios libelos contra la Francia, y Napoleón había dado órdenes para que se les prendiera á todos ellos, yendo hasta descargar en uno todo el rigor de la ley militar, que considera como enemigo á cualquiera que excite á un país contra las tropas que le ocupan, y fué pasado por las armas; acto deplorable que encendió la opinión general contra los franceses y sus partidarios.

Federico Guillermo y Mr. de Haugwitz esperaron poder calmar la irritación de los espíritus por medio de una confederación de las potencias alemanas del Norte, bajo el protectorado de la Prusia, para contrarrestar á la que Napoleón había formado en el Rhin, idea que el mismo Napoleón había sugerido. El rey despachó uno de sus edecanes á Dresde á fin de inclinar á la Sajonia á entrar en aquella confederación, de la cual ya se estaba tratando en Berlín con el primer ministro del elector de Hesse-Cassel. Pero ni esta ni aquella corte manifestaban mucho apego respecto á esa liga. La Sajonia, sobre todo, potencia la más leal de entre todas las alemanas, sentía contra la Prusia una desconfianza instintiva, y á querer entrar de nuevo en una confederación,

hubiera preferido hacerlo con el Austria, que nunca ambicionó sus Estados, siendo así que la Prusia, como tan contiguos con los suyos, los codiciaba de una manera descubierta. No se mostró por lo mismo dispuesta á lo que se la proponía, y se contentó con responder que arreglaría su conducta conforme á la que en este punto siguieran las demás potencias del Norte de Alemania. Tampoco la Hesse estaba satisfecha de la Prusia desde que en 1803 hizo que el país de Fulde pasara á la casa de Nassau-Orange, y estaba igualmente resentida contra la Francia porque no quiso admitirla enriqueciendo sus Estados en la confederación del Rhin; verdad es que como no mirara sino á engañar á todos cuantos con ella trataran, tan aparte de la Prusia quería mantenerse como de la misma Francia, no viendo sino peligros en ambos lados. Por no romper con la Prusia, á cuya potencia debía á lo menos la apariencia de un buen querer, vino á forjar un embuste odioso, cual fué que la Francia le había hecho saber secretamente que tendría que sentir y no poco si se llegara á adherir á la confederación del Norte. Nada tan falso; hasta en las comunicaciones más reservadas del gobierno francés (1) se ordenaba, al contrario, que no se suscitase obstáculo alguno contra la formación de aquella confederación, que se guardara respecto á ella el más riguroso silencio, y que si se pedían consejos se declarara que la Francia vería aquel acto sin el menor descontento. La Francia no quiso impedir la entrada en la confederación sino á las ciudades anseáticas, y eso por razones puramente mercantiles; pero de esa intención ningún misterio hizo ella nunca.

Así, pues, con puras falsedades se presentó en Berlín el ministro de Hesse, llevando la mentira hasta pretender que la Francia convidaba á su soberano para apartarle de la confederación del Norte justamente con todo aquello que ese soberano pedía á la Francia al ofrecer adherirse á la confederación del Rhin. Y aun salió acusando á Mr. Bignón, nuestro encargado de negocios en Cassel, de supuestos que ni por su mente habían pasado y que fueron desmentidos con la mayor energía. Posible es que Mr. Bignón, mucho antes que se tratase de la confederación del Norte y mientras que todos los diplomáticos alemanes se entretenían discurrendo acerca de la del Rhin, posible es, decimos, que Mr. Bignón ponderara en términos generales las ventajas que se recogían de la alianza francesa, y que fuera acaso su lenguaje más allá de los límites de sus instrucciones; mas en eso no hubo sino un exceso de celo indiscreto, y para prueba de que obraba sin autoridad consta que Napoleón tenía ordenado por escrito (2) á Mr. de Talleyrand que de ningún modo admitiese en la confederación del Rhin al elector de Hesse. Sin embargo, el ministro de esta corte no vió inconveniente en asegurar en Berlín, para disculpar su resistencia á la confederación del Norte, que la Francia se lo prohibía con amenazas y con no pocos ofrecimientos; ¡qué invenciones tan falaces!

(1) He leído con la mayor atención toda la correspondencia oficial, y como digo la verdad al tratar de todas las cortes grandes ó pequeñas, la verdad diré también por lo que toca á la de Hesse, aunque tuviera que hacerlo así en descrédito de la Francia y en abono de aquélla. (N. del A.)

(2) Existe ese escrito en el archivo de la secretaría de Estado del Louvre. (N. del A.)

Tras esa relación tan falsa, ya el rey de Prusia no quiso ver en la conducta de Napoleón sino la más negra perfidia; se consideró indignamente burlado, oprimido, y se dejó ir á una irritación violenta. Tal era su estado cuando se le fué á dar cuenta de un pliego que Mr. de Luchisini acababa de enviar de Francia. Ese embajador, hombre de talento, pero de cascos ligeros y nada sincero, que vivía en París con todos los enemigos del gobierno, sin que eso le impidiera el ser uno de los que con más solicitud hacían la corte á Mr. de Talleyrand, había acogido en aquellos días todos cuantos rumores se propalaban respecto á la suerte que se le reservaba á la Prusia. También los plenipotenciarios ingleses le habían hecho una insinuación confidencial acerca del Hannover, cuya restitución había quedado tácitamente entendida, y esa circunstancia le pareció el colmo de los peligros que entonces estaban amenazando; por manera que no escuchando sino los consejos de su conducta ambigua, que tan pronto le inclinaba al sistema de Mr. de Haugwitz, como le indisponía con él, y como en último lugar había apoyado el pacto del 15 de febrero, habiendo pasado personalmente á Berlín para recoger las ratificaciones, llegó á creer ahora muy empeñada su responsabilidad, si acaso tomase mal sesgo el ensayo de la alianza con la Francia, y por tanto puso en sus comunicaciones oficiales, dirigiéndose á su gobierno, una exageración de lo más imprudente. Un agente nunca debe ocultar nada á su gobierno, pero ha de medir el sentido de las palabras, no pasar de la estricta verdad, ni rebajarla tampoco, sobre todo si de ello se pudiesen presumir funestas determinaciones.

El correo salió de París el 29 de julio, y llegó á Berlín el 5 ó el 6 de agosto, causando su llegada una sensación extraordinaria. Se despachó otro correo el 2 de agosto, y llegó el 9 á aquella capital para acrecentar la efervescencia que el primero había removido: de suerte que la explosión fué instantánea. Figurémonos un corazón oprimido por los más amargos pesares comprimidos durante mucho tiempo, y que se desborda de repente desde que una nueva tribulación llega colmando la medida de sus sufrimientos; asimismo el rey y sus ministros rompieron á una en improprios contra la Francia, excediéndose á cual más en aspavientos y en demostraciones exteriores, entre los miembros más violentos del partido que estaba por la guerra. Mr. de Haugwitz, de ordinario tan sereno, hubiera podido muy bien volver una ojeada hacia lo pasado para recordar los desaciertos de la corte de Berlín, comprender las consecuencias de esos desaciertos en el carácter irritable de Napoleón, y por consiguiente explicarse el desvío con que ese soberano pagaba á un aliado infiel; que eso era menester para traer á su verdadero punto de vista los supuestos proyectos de que la Prusia se presumía amenazada, debiendo dar tiempo á comunicaciones más exactas, y oponiéndose á que el gabinete prusiano sentara una opinión y trazara un plan de conducta. Aquí tuvieron principio los verdaderos desaciertos de Mr. de Haugwitz. Aun cuando no quiso creer sino una parte de lo que se decía, como apeteciera ante todas cosas poner á cubierto su responsabilidad, y lisonjeándose además de que había de llegar á dominar al partido violento poniéndose al frente de las demostraciones militares, pasó por todo cuanto se dispuso en

aquellos instantes de extremada agitación. Puesto que acababa de hundirse su sistema, lo acertado habría sido ofrecer su dimisión y abandonar á manos ajenas las probabilidades de un rompimiento con la Francia, rompimiento que él mismo presumía como muy funesto; pero cedió al descontento general de los espíritus, y todos los partidarios suyos que andaban en torno del trono, particularmente Mr. Lombard, todos salieron imitando su ejemplo. Va á verse que no es menester vivir bajo un gobierno libre para que las naciones ofrezcan el espectáculo de los más inconcebibles arrebatos populares.

Convocóse un consejo á Potsdam, al cual asistieron los antiguos generales, tales como el duque de Brunswick y el mariscal Mollendorf, hombres que hasta entonces habían probado una prudencia enteramente sesuda, pero que como desde luego vieran que así el rey como Mr. de Haugwitz tenían por posibles y aun por verdaderas las traiciones atribuidas á la Francia, sin titubear un instante se pronunciaron por la necesidad de poner el ejército prusiano en pie de guerra y tal cual se hallaba seis meses antes, cuyo dictamen mereció una aprobación unánime. La mayoría del consejo, incluso el rey, vió en esa resolución una medida de seguridad, y Mr. de Haugwitz la consideró como el medio más selecto para responder á todos cuantos decían que la Prusia estaba vendida á Napoleón.

Inmediatamente se corrió en Berlín la voz el 10 de agosto de que el rey se había decidido á armar, que surgían entre la Prusia y la Francia dificultades demasiado graves, que aun se habían descubierto tramases secretas, una especie de traición premeditada, la cual aclaraba el enigma de la presencia de las tropas francesas en la Suabia, en Franconia y en Westfalia. La opinión pública con frecuencia excitada, pero siempre contenida por el ejemplo del rey, en el cual se tenía mucha confianza, se pronunció entonces de un modo violento, y el corazón de los súbditos desbordó como había desbordado el del soberano. Bien decíamos nosotros (ese era el clamor general) que la Francia trataría á la Prusia con tan poco miramiento como ha tratado al Austria, no aspirando sino á invadirla para arrasar á toda la Alemania; fundados íbamos diciendo que los partidarios de los franceses no podían ser sino ilusos engañados, ó traidores; no, no es Mr. de Hardenberg hombre vendido á la Inglaterra; el que lo está á la Francia es Mr. de Haugwitz. Queda por fin reconocida, se añade, la necesidad de recurrir á las armas; lo malo es que se recuerda demasiado tarde; no hoy, seis meses hace, la víspera ó el día después de la batalla de Austerlitz, hubiera debido hacerse eso mismo; pero que al cabo la cosa importaba un bledo, y que con todo de haber perdido ese tiempo, menester era ya defenderse ó morir; que la Inglaterra y la Rusia sabrían correr sin duda ninguna en auxilio de quienquiera que diese la cara á Napoleón; y que por último, porque los franceses hubiesen vencido á austriacos escasos de fibra y á rusos faltos de instrucción, no tan fácilmente habían de rendir á los soldados de Federico el Grande.

Las personas que en aquella época se hallaban en Berlín aseguran no haber visto nunca un tal ejemplo de animadversión y de coraje. Bien veía ya Mr. de Haugwitz, y con no poco espanto, que se le había arras-

trado más allá del punto á que él quería llegar, esto es, á una pura demostración, cuando se le pedía ya nada menos que la guerra; guerra que el ejército demandaba á voz en grito, no menos que la reina, el príncipe Luis y la corte, que si hasta entonces habían tenido que ahogar sus sentimientos por expresa voluntad del rey, ahora se daban suelta á sus quejas sin miramiento alguno, diciendo que desde aquel instante se podían todos llamar verdaderos alemanes, verdaderos prusianos; que al cabo había penetrado el grito del honor y del interés en todos los corazones; que como el humo se habían disipado las ilusiones de una alianza pérfida y deshonorosa; que todo el mundo, en fin, se mostraba digno de sí mismo, digno del fundador de la monarquía prusiana, el gran Federico. Nunca, nunca delirio tan pasmoso como aquel que se nota cuando la muchedumbre arrastra en su torbellino á los hombres sensatos, y cuando los palaciegos atan al carro de sus pasiones la voluntad de los reyes débiles.

Sin embargo, ¿cuál era la causa en que pudiera apoyarse semejante destempe de los ánimos? Ya vimos á la Prusia en 1805 en vísperas de firmar un tratado de íntima alianza con la Francia; y bajo el falso pretexto de la violación del territorio de Anspach, cede á las instancias de la liga europea, á los clamores de la aristocracia alemana, á las lisonjas de Alejandro, y firma el tratado de Postdam, que no fué sino una especie de traición. Ve luego que la Francia sale victoriosa de Austerlitz, y de repente cambia de conducta, y acepta el Hannover de manos de Napoleón, cuando pocos días antes también le había aceptado de manos de Alejandro. Napoleón creyó, en efecto, que con aquel don se había de granjear la amistad de la Prusia, y esperó para que la experiencia le dijera si debía ó no confiar de una vez en aquella amistad; pero la Prusia, al aceptar ese don, no poco avergonzada, ni aun tuvo aliento para publicarle á la faz del mundo, antes quiso disculpar ante la Inglaterra la ocupación de aquel Estado, cuando para inspirar la debida confianza su deber estaba en tomar entre Napoleón y sus enemigos una línea de conducta franca y noble. Napoleón, á quien semejantes inconsecuencias tenían fastidiado, vino á concebir interiormente la idea de recobrar de nuevo el Hannover, á fin de obtener de Inglaterra una paz que con un aliado como la Prusia no era posible imponer por la fuerza; mas contaba también reparar aquella pérdida de la Prusia y hasta tenía dispuestos los medios, sólo que no había querido proponerlos, repugnándole como le repugnaba el explicarse francamente con una corte que no le merecía ya sino desprecio. Ese proceder de Napoleón era tan reprehensible como el de la Prusia, que mantenía secretas relaciones con la Rusia por medio de Mr. de Hardenberg, no obstante el tratado de alianza, firmado en Schoenbrun y renovado en París en 16 de febrero? No por cierto. A Napoleón no se le podía reprender sino la falta de miramientos respecto de la Prusia, falta en que no habría debido caer, pero sobrado disimulable, si acaso no justa, ante la conducta equívoca de aquella potencia.

Lo que no puede negarse es que la Prusia se sentía avergonzada de su propio proceder, aterrada ante el aislamiento en que iba á verse si la Inglaterra y la Rusia se llegaban á reconciliar con la Francia, azorada y

confundida al considerar todas las tribulaciones á que Napoleón quería exponerla, sin tener ninguna alma que la compadeciera; y en estado tal, fácilmente acogió por verdaderos los más falsos rumores, los desatinos más inverosímiles. De todo cuanto entonces pasaba en Berlín, un solo hecho era el verdadero y el honroso, el patriotismo alemán, que humillado con los triunfos de la Francia se despierta al oír el primer pretexto sin esperar á ver si es fundado ó no; mas era un sentimiento que se pronunció en muy mala ocasión. En 1805, allá cuando Napoleón levantaba su campo de Boloña, entonces hubiera sido conveniente pronunciarse abiertamente por la Francia, pregonando las razones que aconsejaban tal conducta y llamando el honor prusiano al sostén de ese empeño, ó pronunciarse contra la Francia desde aquel instante y hacerle la guerra mientras que el Austria y la Rusia estaban también en armas; pero ahora era correr á su perdición por una senda reprobada hasta por el honor.

Napoleón vino á saber el contenido de las comunicaciones de Mr. de Luchesini, interceptadas por la policía imperial, y causáronle tal indignación que al punto ordenó se escribiera á Mr. de Laforest instruyéndole del envío de aquellos pliegos, y encargándole desmintiese formalmente todos los supuestos del embajador prusiano y exigiese su destitución. Desgraciadamente se llegaba tarde para detener el impulso dado á la opinión del pueblo, opinión imposible de enfrenar ya; á más de que Mr. de Haugwitz, no poco confundido entre los diferentes papeles que á pesar suyo había hecho de un año á esta parte, ni aun se sentía con fuerzas para entrar en resoluciones saludables. No osaba ponerse en presencia del embajador de Francia, no tenía valor tampoco para decir á los locos, cuya locura él mismo había ensalzado, que otra vez se apartaba de ellos, que los abandonaba y se iba al bando de los hombres sensatos, hartos raros por cierto entonces en Berlín.

Mr. de Laforest le encontró como violentado y dispuesto á evitar todo género de explicaciones. Sin embargo, á fuerza de instancias se logró que las escuchara, comenzando Laforest por decir cuánto se extrañaba que así se hubiese apartado de su presencia de ánimo habitual, que tan de ligero hubiese acogido las falsedades inventadas por el ministro de Hesse, no menos que los asertos de Mr. de Luchesini, recogidos con ligereza tanta; siendo no menos extraño el no esperar ó el no haber provocado informes más exactos antes de entrar en resoluciones tan graves como las que públicamente andaban ya anunciadas. Mr. de Haugwitz, cada vez más confuso á medida que más y más se iba afirmando en su entendimiento la luz de la verdad un instante obscurcida, acabó por confesarse lleno de pesar por la conducta que se había tenido, declarando ingenuamente la rapidez del torrente que había arrancado en su furia con el rey, con la corte y con él mismo, y dijo, en fin, que si no se le ayudaba para apartarse del borde del abismo, en su cima caerían quizá todos ellos, en el conflicto de una guerra desastrosa; que todavía había remedio si Napoleón se dignara dar el más leve paso con tal que pareciera una satisfacción al orgullo de la muchedumbre y un motivo de confianza para la prudencia del gabinete; que ese doble objeto podía obtenerse con sólo apartar del camino de la Prusia las bayonetas francesas

amontonadas en él después de tanto tiempo; que en tal caso se despacharían contraórdenes para detener el armamento, diciendo que si en primer lugar se había ordenado, sólo había sido en vista de la reunión de las tropas francesas, pero que era caso de revocar la medida, ya que esas tropas se retiraban más allá del Rhin. Añadía Mr. de Haugwitz que para facilitar más y más las explicaciones se le apartaría de su puesto á Mr. de Luchesini, y se enviaría para que le reemplazara en París un hombre juicioso y de peso, Mr. de Knobelsdorf. Napoleón bien hubiera podido acceder á lo que ahí se le pedía, y sin menoscabo de su gloria, porque nunca había entrado en su idea el invadir la Prusia; no había hecho sino tomar ciertas precauciones cuando vió que aquella potencia se negaba á ratificar el tratado de Schoenbrun, siendo así que después ningún otro pensamiento tuvo en su mente más que el Austria y la emboadura del Cáataro, inventando amenazas á fin de que se le restituyera esta posición, y al cabo disponiéndose á traer sus tropas á Francia desde que Mr. de Oubril hubo puesto su firma en el tratado de paz con la Rusia. Tenía ordenado un vasto campo en Meudón para reunir allí el grande ejército y celebrar en septiembre magníficas fiestas en su obsequio. Todas las órdenes concernientes á este designio estaban despachadas; pero un grave é inesperado acontecimiento vino á llenarle de recelos trastornando todas sus disposiciones. El emperador Alejandro se había negado á ratificar el tratado de Oubril, resolución motivada por las fervorosas instancias con que la Inglaterra acudió á San Petersburgo, ponderando su lealtad, recordando su resistencia á tratar con la Francia sin la Rusia y demandando en cambio de ese su leal proceder que se rechazase un tratado concluido tan intempestivamente, tan de ligero y bajo condiciones tan evidentemente desventajosas. Ya que mucho fuera el temor que la guerra con Napoleón inspirara á Alejandro, comenzó á temerla menos viendo que la Inglaterra marchaba con pies de plomo en aquella ocasión, cuando él había presumido que ciega y precipitadamente iba á echarse en brazos de la Francia. Aún es de creer que algo se susurraba ya en Rusia acerca de la efervescencia de la Prusia, y de la posibilidad de traer á esta corte al partido de la guerra. En fin, sabida ya la resolución del imperio germánico que inspiraba á la Rusia tantas envidias como á las demás potencias, y daba margen á nuevos resentimientos contra Napoleón, Alejandro adoptó la resolución de no ratificar el tratado de Oubril, aun cuando decía en su respuesta que estaba por su parte pronto á abrir nuevas negociaciones, pero de concierto con la Inglaterra, á cuya potencia despachaba él mismo sus poderes para que le representase en el ajuste, con la condición de que se había de sacar la Sicilia y la Dalmacia para la familia real de Nápoles y las Baleares serían para el rey del Piamonte.

El correo que trajo esas noticias entró en París el 3 de septiembre, momento en el cual no se hablaba por todas partes sino de los armamentos de la Prusia, y en el mismo en que se le pedía á Napoleón por Mr. de Haugwitz y por el rey Federico Guillermo que se les sacase de apuros haciendo que las tropas francesas regresasen á su país. La más terrible desconfianza se apoderó entonces de Napoleón, y se creyó vendido. Con sólo recordar la conducta que el Austria había observa-

do el año anterior y sus armamentos tan tenazmente negados, aun después que ya iban avanzando sus ejércitos, ya pudo persuadirse que el mismo sistema iba á seguir esta vez la Prusia, es decir, la misma perfidia, para ver de sorprenderle desprevenido en septiembre de 1806, como se expuso á que el Austria le sorprendiera en septiembre de 1805. Por lo mismo, ya no se mostró muy dispuesto á retirar sus tropas de la Franconia, posición militar muy importante para una guerra contra la Prusia, como luego tendremos ocasión de advertirlo. Todavía concurrió otra circunstancia para que él creyera en una nueva liga. Mr. Fox, enfermo hacía dos meses, acababa de fallecer; año fatal en el que las tareas de un poder demasiado dilatado derribaron la existencia de Mr. Pitt, y los primeros ensayos de ese mismo poder que para Fox volvía á ser nuevo por decirlo así, también le echaron á la otra vida. Mr. Fox se llevó consigo al sepulcro la paz del mundo y la posibilidad de una alianza fecunda en bienes entre la Francia y la Inglaterra. Si esta potencia debió llorar la pérdida de Pitt, la humanidad toda hubiera debido vestir luto á la muerte de Fox, cuya muerte iba á ser el triunfo del partido de la guerra en el seno del gabinete británico.

Con todo, no se atrevió ese gabinete á un cambio notable en las condiciones de paz recientemente transmitidas á París. Lord Yarmouth había abandonado la negociación por un invencible fastidio, y por tanto sólo se quedó lord Lauderdale, á quien su gobierno ordenó presentase en París las exigencias de la Rusia, que consistían, como ya se dijo, en ceder á la familia real de Nápoles la Sicilia y la Dalmacia, guardando las islas Baleares para el rey del Piamonte. Presentóse, pues, con esas condiciones en nombre de ambas cortes y como representante de una y otra; de suerte que Napoleón malogró la ocasión decisiva de obtener la paz, por prestarse á la espera de las ratificaciones pedidas á San Petersburgo. Son errores esos tan comunes entre los grandes talentos del campo de la política como en los del de la guerra.

Napoleón se sintió sumamente irritado, y se afirmó más y más en la existencia de una nueva liga europea; por tanto, le pareció más acertado el partido de las armas que el de la paz.

Llegó entonces Mr. de Knobelsdorf, despachado con toda diligencia en reemplazo de Mr. de Luchesini, y Napoleón le recibió con una distinción personal sumamente honrosa, diciéndole después de la manera más franca que ningún proyecto hostil tenía contra Prusia; que no atinaba con lo que ella podía querer ó recelar de él, cuando por su parte nada la exigía sino el cumplimiento leal de los tratados; que no pensaba despostrarla de cosa ninguna; que cuanto sobre este punto se decía todo era enteramente falso, y aludía con esto á las comunicaciones de Mr. de Luchesini, que en aquel mismo día había presentado los despachos que le despojaban de su carácter oficial. Entrando después en una línea de sinceridad digna de su grandeza de alma, añadió que entre todos los rumores que sonaban entre el público, una era la cosa verdadera, la que se refería al Hannover; que en efecto había dado oídos sobre ese punto á la Inglaterra; que viendo pender de esa cuestión la paz del mundo, había entrado en la idea de dirigirse á la Prusia exponiéndole la situación desde su verdadera-